

ARMANDO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

EL DRAMA DE ARGELIA

¿Cuestión interna de Francia o problema internacional? La institución del coloniaje en el pasado y en el momento actual. El principio de la autodeterminación de los pueblos. El problema concreto de Argelia y su interés para los nativos argelinos, para los franceses residentes y para los de Francia, para el mundo occidental y para Rusia.

¿SE TRATA de un problema en realidad "internacional" o de mera política "interna" de Francia? ... Los franceses, sobre todo sus esferas oficiales, han solido aseverar enfáticamente que lo de Argelia es cuestión interna de su país, que debe ser abordada y zanjada exclusivamente por su Gobierno. Por esto, cada vez que se ha planteado en el seno de la NU, han abandonado la sala en señal de protesta. Por nuestra parte, anticiparemos la hipótesis de que se trata de un problema en parte francés, mas principalmente internacional, punto de vista que esperamos comparta el lector, si tiene la paciencia de leerlos.

Una primera mirada digamos superficial ya es desfavorable a la tesis oficial francesa. Argelia y Francia son dos territorios separados por un mar —unos 700 kilómetros—, pertenecientes a dos continentes diversos y poblados por razas absolutamente extrañas las unas a las otras. Si parte de la costa francesa se enfrenta con parte de la costa argelina, es mucho más extensa la de ésta que se enfrenta con España, país con el cual Argelia, geográficamente, es decir, geológicamente hablando, tiene mucho más analogía que con Francia. A mayor abundamiento, se trata de dos territorios que, en más de veinte siglos de historia, sólo llevan uno en común, del cual muchos años han sido de guerra. No parece, pues, que el problema argelino pueda ser considerado como de la exclusiva competencia del Gobierno francés...

Pero en la historia existe una institución denominada el coloniaje, en virtud de la cual un país puede hallarse bajo la total soberanía de otro. Consecuentemente, en Derecho Internacional se ha aceptado que los asuntos de una colonia sean de la competencia exclusiva de la respectiva metrópoli y que constituiría indebida intromisión en la esfera de su soberanía el que otro Gobierno o un conjunto de Gobiernos —como la NU— pretendieran re-

resolver problemas de la dicha colonia. Este razonamiento parece dar la razón al punto de vista oficial francés. Pero a la vez nos lleva como de la mano a formular algunas consideraciones sobre aquella institución del coloniaje. Fue en la llamada época de los descubrimientos geográficos —siglos xv y xvi— cuando comenzaron a constituirse los grandes imperios coloniales. Y a fines del siglo xviii cuando, con la emancipación de las trece colonias inglesas de América del Norte, comenzaron a hacer crisis y a desintegrarse. A principios del siglo xix nos tocó el turno de obtener nuestra independencia a los Estados iberoamericanos, que durante tres centurias habíamos sido colonias de España y Portugal. Aquel gran movimiento de emancipación obedeció en buena parte a circunstancias de orden político y económico que no es necesario rememorar, y en parte también a una doctrina, a una idea: la de que cada pueblo ha recibido de Dios o de la naturaleza el derecho a regirse por sí mismo. No es sino hacer justicia al pensamiento español al recordar que en los mismos años en que los súbditos de los Reyes Católicos y de Carlos v iniciaban la conquista y la colonización del Nuevo Mundo, un teólogo, el dominico Fray Francisco de Vitoria, se planteara el problema de si un pueblo tenía derecho a someter a otro extraño a su dominación. Pero fueron los enciclopedistas franceses los que más ampliamente divulgaron la doctrina hoy denominada de la “autodeterminación de los pueblos”.

Sin embargo, en el curso del siglo pasado la institución del coloniaje cobró nueva e inmensa expansión. Presentóse como la tabla de salvación a una Europa superpoblada y todavía convulsionada por el problema obrero provocado por la revolución industrial. El Africa, recién explorada en sus profundidades, era ofrecida como en bandeja a la voracidad europea. A fines del siglo xix los respectivos territorios coloniales multiplicaban el tamaño de la metrópoli según estos guarismos: 140 veces el de Gran Bretaña; 80 veces el de Bélgica; 60 el de Holanda, 22 el de Portugal y 20 el de Francia. O sea, que el imperio colonial británico era ciento cuarenta veces mayor que la superficie de Gran Bretaña, etc.

Los europeos no fueron a ultramar precisamente a civilizar ni a cristianizar a los nativos. Fueron a buscar materias primas para alimentar su industria en crecimiento elefantiásico y a buscar mercados en que colocar los productos de la misma. Los nativos vieron hollado su suelo, trastornados sus sistemas de vida y sus instituciones seculares y en gran medida cegadas sus fuentes propias de recursos de subsistencia. Sus masas se vieron obligadas a trabajar en las nuevas explotaciones —mineras u otras— iniciadas en su suelo

por los europeos. Y así Europa, que antes había mirado cernerse el espectro del hambre en su horizonte, conoció ahora una prosperidad y una riqueza nunca vistas. Pudo darse el lujo de montar toda una legislación social que elevara considerablemente las condiciones de vida de sus obreros, mientras en otros continentes los hombres de color realizaban un trabajo como de siervos para proveer de materias primas a las fábricas de Europa.

Simultáneamente se acentuaba o cobraba inusitado relieve un fenómeno desconocido en siglos anteriores: la diferencia abismante en el nivel de vida entre los pueblos de las diversas regiones del planeta. Tal diferencia guardaba relación directa con el grado de industrialización. Y en el seno de la raza blanca estaban casi todos los "elegidos".

Todas estas ideas no son marxistas, ni son tampoco de nuestra cosecha: las enunció hace mucho tiempo, con su elocuencia fulgurante, Oswald Spengler y, últimamente, las ha desarrollado con todo el atuendo de la investigación sociológico y de la estadística el escritor húngaro Tibor Mende... entre otros.

Pero entonces se produjo la segunda racha u oleada de ideología independentista —permítasenos el vocablo—, que desde la primera guerra mundial no ha cesado de barrer el planeta. El Presidente Wilson consintió en solidarizar a Estados Unidos con la causa anglo-franco-italo-belga-rusa, imponiendo la aceptación de sus "catorce puntos", entre los cuales figuraba "el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos". El Pacto de la Liga de las Naciones, que es parte del Tratado de Versalles, garantiza "un trato liberal y humano a los pueblos coloniales". (Pero ¿que no lo recibían de sus "civilizadores" europeos?...). Sin embargo, ya la lealtad y la sumisión de aquéllos estaban quebrantadas en sus más profundas raíces. Por un lado, los hombres de color les perdieron el respeto y hasta el miedo a sus amos europeos, al ser llevados a sus campos de batalla a participar en sus luchas y en sus odios recíprocos. Por otro lado, ya hacía tiempo que jóvenes australianos, hindúes, chinos, nipones, sudafricanos, etc., se estaban formando en las universidades europeas y americanas, donde bebían todos los principios de la democracia y de la autodeterminación de los pueblos. ¿Cómo no iban a sentir la tentación de aplicarlos en sus países, ahora que sus dominadores peleaban entre sí y se veían agobiados por tan enormes dificultades?...

La segunda guerra mundial no hizo más que acentuar el fenómeno del quebrantamiento de la lealtad colonial. Si Wilson impuso a Europa sus "catorce puntos", Franklin D. Roosevelt, en la Carta del Atlántico (firmada el

14 de agosto de 1941), hizo reconocer "los derechos que tienen todos los pueblos a escoger la forma de gobierno bajo la cual vivir" (punto 3º). En seguida vino la Carta de las Naciones Unidas, que en su artículo 1º consagró solemnemente el "principio de la libre determinación de los pueblos", y en el 73 estatuyó que aquéllos de sus miembros que se hallen administrando territorios cuyos pueblos "no hayan alcanzado todavía la plenitud del gobierno propio, se obligan a desarrollar en ellos ese gobierno propio, a tomar debidamente en cuenta sus aspiraciones políticas y a ayudarlos en el desenvolvimiento progresivo de sus instituciones libres". Documentos posteriores, como la "Declaración universal de los derechos humanos" (10-xii-1948) y el "Tratado de Defensa del Asia Suroriental" o "Pacto de Manila" y su anexa "Carta del Pacífico" (8-ix-1954), entre cuyos firmantes están Gran Bretaña y Francia, reafirmaron solemnemente este derecho de la autodeterminación.

Nada debe extrañarnos, pues, que pueblos como los de la India, Pakistán, Indonesia, Birmania, Malaya, Egipto, Túnez, Marruecos, etc., que en conjunto suman varios centenares de millones de almas, hayan obtenido su independencia total después de la última guerra. Casi nunca lo consiguieron por el ofrecimiento espontáneo de su metrópoli, sino que debieron intervenir largas y enojosas negociaciones, disputas y también guerras. Pero ocurre que las grandes potencias europeas se hallan en muy precaria situación para defender sus posesiones coloniales. Resumiendo sobre este tópico el pensamiento del ya mencionado Tibor Mende (en su libro "Regards sur l'histoire de demain", París, 1954), diremos que las dos guerras mundiales arruinaron de tal manera a esas potencias, que sólo pudieron reconstruirse con los donativos y créditos de los Estados Unidos, de los que todavía no pueden prescindir. Y utilizan parte de esos recursos en impedir que obtengan su libertad algunos de los pueblos de ultramar que aún mantienen sometidos. Confiado en que, llegado el instante crítico, Estados Unidos las defenderá de la eventual agresión soviética, pueden mantener casi todas sus fuerzas armadas lejos del territorio nacional, empeñadas en la guerra colonial. Al mismo tiempo, esas potencias, que antes eran los banqueros del mundo, acreedoras de los propios Estados Unidos, ahora carecen de capitales suficientes para explotar en forma debida y valorizar sus posesiones coloniales, mientras éstas claman por conseguir mejores condiciones de vida.

Hemos mencionado a la Unión Soviética. Su gravitación colosal en el mundo de hoy le da una nueva dimensión al problema colonial. A pesar de que ella mantenga pueblos europeos en servidumbre, con su cinismo caracterís-

tico puede presentarse como la protectora nata de todos los oprimidos y sometidos. Y como éstos lo saben, en su brega por la emancipación mantienen en reserva la carta rusa para jugarla en el instante supremo, o siquiera para amenazar con ella.

Así se explica que, hoy por hoy, la lucha de cualquier pueblo colonial por su libertad cobra "ipso facto" un carácter de problema mundial, tanto porque somete a prueba los principios de autodeterminación innumerables veces proclamados por las democracias, cuanto porque proporciona a la Unión Soviética la oportunidad de sembrar su cizaña y de hacerse invitar como salvadora en algún sector que era nuestro.

Ahora se comprenderá por qué era indispensable una mirada previa al problema colonial en toda su generalidad para enfocar debidamente la cuestión de Argelia. Si se la aísla se la falsea irremediablemente. Pero ubicada en su marco, ya casi está resuelta antes de penetrar en su interioridad peculiar.

¿Cómo y por qué Francia se apoderó de Argelia, que antes era una pertenencia por lo menos nominal del Imperio Otomano? En 1797 el "dey" (supremo jefe político) de Argel proporcionó al Directorio una provisión de trigo y un préstamo de cinco millones de francos. Luego traspasó su crédito a dos comerciantes judíos, pero las negociaciones se prolongaron interminablemente. En 1827 el dey Hussein intervino, reclamó el pago inmediato y, en una conversación con el cónsul francés, se exaltó hasta el punto de golpearlo con su matamoscas. Una escuadra francesa bloqueó entonces Argel para obtener reparación del ultraje. Pero ni el bloqueo ni las negociaciones daban resultado. Como la fragata "Provence" fuera cañoneada mientras portaba bandera blanca, Francia decidió la guerra (enero de 1830). A pesar de que este mismo año fue tomado el puerto de Argel, la capital, árabes y bereberes —pueblos predominantes allí desde hacía siglos— mantuvieron la resistencia durante cerca de treinta años, en particular mientras los condujo el gran caudillo Abl-el-Kader. La conquista total del país vino a consumarse sólo en 1858. Sin embargo, no han faltado los estallidos de rebelión: en 1871, en 1881, en 1901, en 1945, y, por fin, la actual, que lleva cuatro años largos de duración, y obliga a Francia a mantener en Argelia un ejército de cerca de medio millón de hombres y a un desembolso que supera los mil millones de francos diarios. Nos preguntamos de nuevo ¿es eso una provincia de Francia y él es problema que le concierne, un problema interno del Gobierno galo, como quieren los medios oficiales según un punto de vista no compartido por todos los franceses? . . .

—Argelia es un trozo de Francia —dicen—, porque a ella debe todo su progreso actual: ciudades, universidades, escuelas, hospitales, carreteras, vías férreas, explotaciones agrícolas y mineras florecientes, etc. A favor de la pacificación de las tribus impuesta por el dominio francés, la misma población nativa ha podido pasar de unos 2.320.000 del año 1851, a los 8.500.000 de hoy.

Pero he aquí el reverso de la medalla. Después de aludir al “desideratum” del sistema colonial francés: fundir a nativos y colonos en un solo pueblo, bajo una administración civil única, escribe M. Herbert Luthy: “En Africa del Norte, Francia se ha encontrado frente a la barrera de la civilización islámica, de un lado, y del otro ante una poderosa minoría europea que rehusaba fundirse en un mismo crisol con la masa indígena... Al cabo de 125 años de colonización francesa, la alfabetización no llegaba al 10% de los niños musulmanes; la administración, la justicia, el bienestar material, la educación, seguían siendo el privilegio casi exclusivo de los europeos. Argelia se había convertido en un país del todo francés en su administración y organización, pero las nueve décimas partes de su población vivían al margen de esta Argelia francesa, tan apátridas en su propio país como en los barrios árabes de París.” (En la revista “Preuves”, Nº 81). Esto lo reconoce un francés.

Germaine Tillion, de la misma nacionalidad, escribiendo en la misma acreditada revista —fundada bajo los auspicios del “Congreso por la Libertad de la Cultura”—, establece que las masas argelinas son las más evolucionadas del mundo árabe, y que sus “élites” son muy superiores a lo que generalmente se cree y en el curso de la presente lucha han demostrado ser capaces de servir de armadura ósea a una nación. Pero los franceses les impusieron un dique de contención para impedirles llegar a los más altos puestos en la vida administrativa y cultural del país. Tal “capitis diminutio” ha obligado a la flor de la juventud nativa a expatriarse o a resignarse al papel de “exilados del interior”. Los emigrados forman en todo el continente africano una “diáspora” argelina que se ha acrecentado con la guerra actual y se inflaría mucho más si el país no recupera ahora su libertad. Pero en lugar de quedar inactiva, en tal caso combatiría incansablemente desde fuera, arruinando en el mejor de los casos las esperanzas argelinas de los franceses.

Tal vez el lector se pregunta a estas alturas: —¿Y por qué el Gobierno del Elíseo, que hace poco ha devuelto su autonomía total a los que fueran sus protectorados de Túnez y Marruecos, la rehusa a Argelia, nación culturalmente mucho más preparada para el autogobierno?... Porque han echa-

do raíces en el país un millón y medio de franceses, que apasionadamente rehusan convertirse en una minoría dentro de un Estado árabe-berberisco. Son los franceses de Argelia quienes hasta aquí habían inspirado y decidido la política argelina del Gobierno francés, la cual ya parecía no estar al servicio de Francia sino de los mencionados franceses de Argelia.

A tal estado de cosas ha querido poner fin el General De Gaulle, con verdadera visión de estadista y acendrado y bien entendido amor patrio. Miró el aislamiento absoluto y tácitamente condenatorio en que habían dejado a Francia respecto de su problema argelino sus grandes aliados del exterior, comenzando por Estados Unidos; estudió concienzudamente el problema, visitó Argelia, concibió su plan, obtuvo para él la aprobación de sus colaboradores en las esferas gubernativa y parlamentaria, y solemnemente lo anunció el 16 de septiembre último. El pueblo mismo de Argelia decidirá su destino en un plebiscito que se verificará cuatro años después que hayan cesado las actuales hostilidades. Se le ofrecerán tres soluciones: a) la independencia total, que implica la absoluta separación de Francia; b) la integración con Francia, que presupone la igualación completa de los nativos argelinos con los franceses respecto de todos los derechos, y c) la autonomía sostenida por Francia. Esta autonomía significa el gobierno de los argelinos por ellos mismos, pero continuando Francia a cargo de las finanzas, la educación, la defensa y las relaciones exteriores.

De Gaulle se comprometió a dos cosas: 1) a acatar el resultado del plebiscito, fuere el que fuere, y 2) a invitar a presenciarlo a todos los extranjeros que desearan acudir como observadores.

Como era lógico esperarlo, esto no fue del agrado de los franceses de Argelia, quienes no aceptan la posibilidad de la primera solución. Pero como no era lógico temerlo, se rebelaron contra el Gobierno de la metrópoli, al que desafiaron temerariamente, alzando barricadas en Argel, como las que viera París en los románticos años de 1830 y 1848.

Hubo expectación universal. Por horas, por días, nadie sabía si De Gaulle mantendría su decisión anterior y con ella su propio prestigio y el principio de autoridad, o si capitularía ante los insurrectos. Hizo lo primero, en una de esas decisiones históricas a que lo ha obligado el destino. Con ello la rebelión se desmoronó como un castillo de naipes.

¿Quiere decir que está resuelto el problema de Argelia?... Permanecen varias incógnitas. Desde luego, no ha podido materializarse esa pacificación necesaria para empezar a computar los cuatro años al cabo de los cuales se

verificaría el plebiscito. Si los nativos de Argelia no tienen confianza en la honradez con la cual se verificará la consulta nacional, prolongarán indefinidamente las actuales guerrillas. Si se llega al plebiscito y resulta contrario a la independencia total, tampoco sabemos si semejante resultado será lealmente acatado por árabes y bereberes. En tal evento Francia podría estar en lo justo al continuar otra vez la lucha, pero no cautelaría sus propios intereses, pues una situación así no puede ser eterna. En esta contienda el tiempo trabaja en contra de Francia.

En este mismo terreno de las "incógnitas", diremos que no se han precisado, que sepamos, las condiciones del plebiscito, que son de importancia capital. ¿Votarán las mujeres? ¿Los analfabetos? ¿Cuáles serán las mesas receptoras de sufragios? ¿Cuál el tribunal calificador de los resultados?...

Un argumento que hoy suele esgrimirse para frustrar la autodeterminación de un pueblo que la reclama, es el del comunismo. Si Argelia obtiene su independencia, a favor de la ingenuidad que debemos suponer en un nuevo Estado, podrían infiltrarse en ella los rusos, que lograrían así una cabeza de puente estratégicamente de primer orden para la hora de su asalto contra Europa.

Algo análogo se argumentó en contra de la emancipación de la India, de Indonesia y de Egipto. Mas ¿por qué tal consideración no detuvo a Francia al conceder su libertad a Túnez y a Marruecos?...

Pensamos que la mejor manera de evitar que un país caiga bajo la influencia comunista consiste en vincularlo a la causa occidental por medio de lazos culturales y económicos libremente aceptados y que representan para él una ventaja que no encontraría en sus relaciones con Moscú. En cambio, el sistema óptimo para que un pueblo se aleje de Occidente es hacer odiosa la causa de éste, mediante la denegación de derechos justamente reclamados o, peor todavía, mediante el empleo sostenido y brutal de la fuerza para aplastar el movimiento de emancipación. ¡Por cuántos años no perduró el odio a España en los corazones de quienes fueron sus súbditos en tierras de América! Si las relaciones de Egipto con las democracias no son ideales, se debe en gran parte a que la conducta de Gran Bretaña con ese país no tuvo la generosidad ni la grandeza de que hizo gala en el caso de otras de sus anteriores posesiones.

Tornando al proceso que es materia directa del presente análisis, diremos que voces francesas, y calificadas, han expresado la opinión de que, dada la situación a que ha llegado o a que se ha permitido que haya llegado la cues-

ción de Argelia y a su innegable vinculación con aspectos importantes de la política mundial, ya no admite otra posibilidad de solución satisfactoria y honorable para ambos bandos, que la que podría proporcionar un "tercero en discordia", que podría ser un Gobierno, un grupo de Gobiernos, una institución como las Naciones Unidas, etc. A pesar del acrecentamiento del prestigio logrado por Francia con la detonación de su bomba atómica —suceso por el cual los rusos promovieron un escándalo farisaico y que los exacerbados nacionalistas africanos denunciaron como "un crimen más", aprovechamiento muy explicable—, a pesar, repetimos, de que la posición del General De Gaulle en el mundo se ha hecho mucho más sólida, nos atrevemos a pensar que tal vez la solución del "tercero en discordia" sea la única que, a estas alturas, puede devolver la paz a la atormentada Argelia.